

una «; sinagoga filosófica! En Grand-Val cerca de Boissy-Saint-Léger, recibía á Diderot, á Raynal y á Rousseau. El Abate Galiani daba la nota alegre. Diderot se enternecía el recordar las prolongadas charlas en casa d'Holbach. Grimm sentía también gran cariño hacia aquel « cocinero de la *Enciclopedia* » y Rousseau, que sin embargo protestó contra sus burlas ateas, le rindió homenaje y le tomó por modelo, al componer el carácter de Wolmar, el hombre más virtuoso de esa virtuosa novela que se llama la *Nueva Heloisa*.

Entre los más asiduos del Grand-Val figuraba Morellet (1727-1819) el famoso autor de los artículos: « Fe, Hijo de Dios y Fatalidad » en la *Enciclopedia*. El abate Morellet había respondido á la pieza de Palissot contra los Filósofos con un « Prefacio » mucho más ingenioso que la pieza y que le valió dos meses de Bastilla. Esto le hizo famoso. D'Holbach le reclamó y Voltaire, que le había dado hospitalidad en Ferney durante algunos días, escribía á Thiriot: « Dad un abrazo de mi parte al abate *Mords-les*. No conozco á nadie más capaz de prestar servicio á la razón. »

Morellet era de la madera de los filósofos; pero gastó sus fuerzas en polémicas y en libelos y no le quedó tiempo para escribir una obra duradera. Sus *Memorias* son dignas de leerse.

Hubo, hasta en materia de filosofía, gran derrroche de ingenio, fútil frívolo y ligero. Algunos libelistas revolviéron gran número de ideas como si se tratase de encajes ó de trapos; hubo algunos divertidos como Rivarol ó Chamfort, pero otros lo fueron mucho menos como el reaccionario Linguet, el enemigo de los filósofos.

Linguet (1736-1794), abogado y publicista, que denunció el fanatismo de los enciclopedistas, hizo la apología de los Césares y del clero, defendió brillantemente á La Barre y al duque de Aiguillon y puso en sus ataques una virulencia que hizo que le borrarán de la lista de abogados, que le desterraran y le encerraran en la Bastilla. Sus *Memorias acerca de la Bastilla* son rómanticas é interesantes.

La señora Suard recuerda una curiosa conversación que tuvo acerca de él en Ferney. Habiendo hecho un comerciante el elogio de Linguet, replicó ella:

Linguet¹ es un escritor corrompido en sus principios de moral y de política. No siembra sino ideas falsas ó errores peligrosos; sólo es acreedor al desprecio, y confieso que me causa mucha pena el que le honrés con vuestra estima. El Sr. de Voltaire no abrió los labios, pero no dejó de mirarme con aquellos ojos cuya delicadeza y obsequiosa atención son imposibles de pintar. Sin embargo el comerciante seguía defendiendo y hasta alabando á

1. Este Linguet tan maltrato, fué sin embargo uno de los escritores que más simpatía mostraron hacia la literatura española y uno de los primeros traductores de las obras maestras de nuestro teatro. (N. de T.)

Linguet; lo cual, unido al desprecio que me inspiraba el recuerdo de sus bajezas, me movió á hacer un ligero resumen al Sr. de Voltaire. Le mostré á Linguet entre sus colegas el día en que debían decidir acerca de su suerte como abogado, arrancándose los cabellos y gritando que estaba rodeado de asesinos. Le mostré retratado al natural por sí mismo en su *Teoría del Libelo*, comparándose ya á Curvó, ya á Hector y celebrándose como un modelo de generosidad y grandeza de alma en su conducta con el duque d'Aiguillon, aunque esta impudencia se vió desmentida por sus mismas cartas que poseía el duque; en fin le hablé de los ultrajes con que había abrumado á sus colegas más dignos de estima y el Señor de Voltaire alzaba los ojos y las manos al cielo dando muestras del mayor asombro.

La Revolución decapitó á aquel hombre amargo, demigrador intransigente y enemigo de todo, que ha dejado multitud de libelos elocuentes llenos de ardor y de ingenio, acerbos y anticuados acerca de todas las materias imaginables.

El verdadero ingenio del libelo, el don de la fórmula y del rasgo que resume, con una palabra, una situación ó una doctrina, lo encontramos en Rivarol y en Chamfort, los dos *enfants terribles* de su tiempo.

Chamfort (1736-1794) conserva aún su reputación de ingenio que fué ciertamente muy vivo, luminoso é implacable.

Poco importa que este auvernés, buen mozo, expósito y que sólo debió su nombre á sí mismo (se escogió el de Nicolás de Chamfort) haya sido eseribiente de procurador, preceptor, secretario y literato y que haya eserito obras muy olvidadas, como epístolas, elogios de Molière y de La Fontaine, bailes, una comedia algo revolucionaria, el *Mercader de Esmirna*, una tragedia de *Mustafá y Zeangir* que hizo llorar á Luis XVI, y que hasta haya pertenecido á la Academia francesa: lo que nos queda no son sus obras, sino el recuerdo picante de un hombre de ingenio aficionado á divertirse, de salud delicada, de altivez quisquillosa y de humor sarcástico, irritado por las extravagancias de los grandes á quienes detesta y que le mantienen. Aceptó con alegría la crisis revolucionaria que trazó en sus cuadros de la Revolución (1790-1794) y engañó á Chateaubriand á quien conoció y que escribía de su persona:

— Siempre me he maravillado de que un hombre que tenía tan profundo conocimiento de los hombres, pudiese adoptar con tanto calor una causa cualquiera.

Esto equivale á olvidar de un modo singular el tono y la manera del revolucionarismo de Chamfort: él no podía ser revolucionario más que de una manera, alegre é ingeniosamente, sin más armas que su picantes ocurrencias y llevando un gorro de cascabeles en vez del gorro frigio. Más que revolucionario convencido, fué espectador que se divertía y divertía á los demás. Á través de su biografía, la Revolución aparece como un vaudeville salpicado de chistes y golpes de efecto. Todo lo sacrificaba á la forma y á la fórmula. Fué el fabricante de empresas, el

redactor de divisas cómicas y el forjador y proveedor de rasgos agradables.

Si la Revolución es sangrienta, dice :

— No es posible limpiar los establos de Augias con un plumero.

¿Nos es en verdad un ingenioso hallazgo el colocar este plumero en lo alto de la guillotina ?

La Revolución decía : ¡ Fraternidad ó muerte !

Chamfort traduce :

— ¡ Se mi hermano ó te mato !

Tiene fórmulas terribles :

— ¡ Guerra á los castillos y paz á las cabañas !

En una ocasión dice á Lauraguais :

— He acabado, no un libro, sino un título de libro, lo cual vale más.

Para él el título lo es todo ; éste era excelente y se lo regaló á Sieyès que se aprovechó de él :

— ¿ Qué es el Tercer Estado ? Todo. ¿ Quién es ? Nadie.

El demasiado ingenio le hizo sospechoso. Fué detenido y se dió muerte cruel ; se tiró primero un pistoletazo, pero sólo logró saltarse un ojo, luego se abrió la garganta y se cortó las corvas con una navaja de afeitar ; lograron curarle, pero murió más tarde muy debilitado y exangüe.

Su vida y sus obras desaparecen ante el recuerdo de sus ocurrencias picantes, de sus rasgos de ingenio, de sus anécdotas, de sus frases mordaces é incisivas acerca del amor y de la tontería. No cabe duda que sobresalía en el arte de condensar en una frase breve, viva, lozana é insolente muchas verdades y mucha filosofía.

« Sólo la inutilidad del primer diluvio impidió á Dios el enviar otro al mundo.

« Un tonto que tiene un momento de ingenio, maravilla y escandaliza como un caballo de alquiler que galopa.

« La mayor parte de los nobles recuerdan á sus antepasados próximamente como un *cicerone* de Italia recuerda á Cicerón.

« No he hecho en mi vida más que una mala acción le decía cierto día Rulhiere. — ¿ Cuándo acabará ? replicó Chamfort.

« Este misántropo tenía, para expresar el desprecio hacia alguien, una fórmula favorita :

« Es el penúltimo de los hombres, decía. — ¿ Por qué el penúltimo ? le preguntaban.

— Para no desalentar á nadie. »

El duque de Créqui decía cierto día á Chamfort :

— Yo creo, caballero, que hoy día un hombre de ingenio es el igual de todo el mundo, y que el nombre de nada sirve.

— Tomáis la cosa con mucha calma, Sr. duque, respondió Chamfort ;

suponed que en lugar de llamaros el Sr. duque de Créqui, os llamarais Sr. Criquet, entrad en un salón y veréis si el efecto es el mismo.

Balzac ha dicho la verdad escribiendo á propósito de Chamfort y de Rivarol.

— Metían un libro en una frase ocurrente, mientras que hoy día apenas se halla una frase ocurrente en un libro.

Rivarol (1753-1801), Antonio Rivaroli, conde de Rivarol, más auténtico como originario del Langüedoc que como conde, perteneció á esta misma familia de ingenios de quienes brotaban espontáneamente la malicia y la risa. Criado en casa de su padre, Riverot, el tabernero de los *Tres pichones*, profesor, preceptor, soldado, que tomó alternativamente los nombres de Longchamps, de Deparcieux, y de Rivarol, penetró no se sabe cómo, en los salones parisienses, á los que divirtió con sus epigramas. Su traducción del *Inferno* del Dante, premiada por la Academia de Berlín, le valió menos que sus sátiras contra Delille, tales como el *Lamento de la col y del nabo contra los jardines del abate Delille*, ó contra los globos de los hermanos Montgolfier y contra las *Cabezas parlantes*, célebres autómatas del abate Mical.

Se las echó de importante, quiso regenerar el Estado y criticó al rey por su debilidad en dominar al Tercer Estado « aquel rey cuyo primer trabajo al subir al trono fué una obra de cerrajería¹ y cuya primera ordenanza tuvo por objeto los conejos ».

Al contrario de Chamfort, defendió el antiguo régimen, y opuso á la Revolución una hostilidad tanto más meritoria cuanto que su nobleza era de pega.

Hemos perdido *Nuestros* derechos, *Nuestros* títulos, *Nuestra* fortuna, exclamaba con desesperación la noche del 4 de agosto.

« Nuestro, nuestra, murmuraba el marqués de Créqui. — ¿ Qué encontráis de singular en esas palabras ? exclamó Rivarol. — Lo que encuentro de singular es el plural, respondió el marqués. »

Propuso, y hasta hizo aplicar su sistema de corrupción general que consistía en asalariar en todas partes á los periodistas, libelistas, cantores, etc. tal es el origen de la moderna costumbre de subvencionar á la prensa.

Vivía de expedientes, casado con una linda mujer á la que arruinó y á la que abandonó por otra ; no pagaba nunca sus cuentas en la posada donde dejaba en prenda á su hijo á diferencia de los egipcios que dejaban en prenda sus momias, y de Albuquerque, que dejó sus bigotes ; redactó periódicos políticos, libelos, una parodia del sueño de Atalia, un libelo contra la Sra. de Genlis, el elogio de Minette Raton, gato del

¹ Sabido es que Luis XVI era muy hábil en materia de cerrajería, del mismo modo que nuestro Carlos IV, su primo, sobresalía en la carpintería.

papa, en vida, y primer soprano de sus conciertos familiares, un folleto contra La Fayette, del que decía: « Su nulidad defendió su fortuna »; por último fué emigrado en Coblenza y agente secreto en Londres y en Berlín, donde murió al lado de la princesa Dolgorouka.

Escribió mucho y sus obras, recogidas, tanto por su esposa, como por su hermano Francisco, el vizconde, otro emigrado de las letras, es considerable. Sólo se conservan algunas frases de su *Pequeño Almanaque*, en el que es fácil encontrarlas.

Hablando de Mirabeau, que acababa de entregarse á la Corte (1790), decía:

— Por dinero es capaz de todo, hasta de una buena acción.

Á cierto poeta que le pedía su opinión acerca de un distico, le decía:

— Me parece un poco largo.

También es suya esta frase:

— Es una ventaja terrible el no haber hecho nada, pero no hay que abusar de ella.

Hablando de la poca habilidad de las inglesas, decía:

— Diríase que tienen dos brazos izquierdos.

Rivarol encontró un día á Florian de cuyo bolsillo casi se salía un manuscrito. Como no perdía nunca la ocasión de hacer un epigrama, le dijo:

— ¡ Oh! Sr. de Florian, si no os conocieran, os robarían!

Declaración á una señora:

— Consiento en envejecer amándoos, pero no quiero morir sin haberlo declarado.

Tuvo por amigo y colaborador á Champcenetz, que se formó en tan excelente escuela y que le respondió un día con mucha gracia. Quejábale Rivarol de haber sido apaleado por Brigand-Bomier:

— Amigo mío, no hay medio de andar por París sin que le caigan á uno leños sobre las costillas.

— Te reconozco en tu manera de hablar, le dijo Champcenetz, que conocía el suceso, tú exageras siempre los objetos.

Rivarol no merece que se le olvide y no está olvidado. Tuvo más fe que Chamfort y permaneció fiel á la causa de la aristocracia que le recompensó muy mal y no aceptó á aquel voluntario. Su ingenio fué cáustico, pero no escéptico, y del mejor temple; fué un arma sólida con la que peleó valientemente en pro, sino de la virtud, á lo menos de su interés, de sus apetitos y de sus ambiciones.

Hoy día no se recuerda el uso que hizo de ella, y nos contentamos con admirar el brillo y el filo de aquella hoja, linda arma de museo.

Con estos hombres de ingenio, llegamos á fines del siglo, en el que también brillaron algunos espíritus graves. El público de entonces pudo

meditar en las obras de Condorcet ó entristecerse con la lectura de Volney.

Durante el verano de 1793, después de la famosa sesión del 31 de mayo en que fueron derrotados los Girondinos en la Convención, mientras la policía jacobina acosaba á los últimos supervivientes en toda Francia, ocultábase en un granero de la calle Servandoni uno de aquellos girondinos que escribía una obra acerca del progreso. Era éste Condorcet (1743-1794). Había empezado por ser un matemático de genio; pero d'Alembert, Turgot y Reynal le habían arrastrado hacia la filosofía social, y la Revolución naciente le halló dispuesto á desempeñar un papel político; fué miembro de la *Legislativa* y de la Convención. Debíó su autoridad, más que á su elocuencia, á la precisión de sus tendencias políticas y á la generosidad de sus ideas. Extendió á las cuestiones sociales el método exacto de las ciencias que habían constituido su primer estudio. Votaba con los girondinos, y le arrastraron en su caída. Al ser proscrito, recogióle durante ocho meses una amiga y allí, solo y sin auxilio de ningún libro, compuso su *Bosquejo de un cuadro del progreso del espíritu humano*. Mostraba en lo pasado la marcha lenta pero segura de la humanidad hacia un estado mejor, las conquistas del trabajo sobre la barbarie y aseguraba en lo por venir la continuidad de este progreso. « Llegará, pues, decía, un momento en que el sol no alumbre sino á hombres libres, y en que los tiranos y los esclavos sólo figuren en la historia. »

Libre de supersticiones y de odios, el hombre podrá consagrarse por completo á su perfeccionamiento indefinido y alcanzar al mismo tiempo la virtud y la felicidad. La filosofía le ha abierto los ojos; no le queda más que un paso que andar. ¡ Extraño contraste! en el momento mismo en que terminaba esta obra de generosidad y de confianza, dejándose llevar de sus sueños humanitarios, el odio y la injusticia repartían con más crueldad que nunca sus golpes en torno de él; caían los últimos de sus amigos; Roland se daba de puñaladas en un camino para no exponer á su huésped; Petion y Buzot, perseguidos en el campo, eran devorados por los lobos; la muerte se encarnizaba con los filósofos y los amigos del progreso. Es más, no tardaban en descubrir el retiro de la calle Servandoni y Condorcet, temiendo comprometer á su bienhechora, abandonó su casa, fué detenido casi inmediatamente y se envenenó en su celda¹.

1. Todos estos soñadores conocían á la humanidad tanto como *Don Quijote* cuando dió libertad á Ginesillo de Pasamonte y á sus compañeros de cadena, que tan generosamente recompensaron al pobre caballero de la Triste Figura. (N. del T.)

En 1782, unos monjes del Líbano dieron hospitalidad á un joven francés que había ido hasta allá de París á pie, por etapas, con algunos escudos en el cinto y un Herodoto en su saco de viaje.

Aquel joven contaba que desde su infancia había sentido el deseo de visitar el Oriente; que habiendo heredado una modesta suma, se había puesto inmediatamente en camino como peregrino y que iba con la intención de pasar algunos meses entre los drusos para aprender la lengua de los países que se proponía recorrer. Nuestro viajero era Volney (1757-1820). Permaneció ocho meses entre los monjes del Líbano y después empezó á explorar el Egipto y la Siria que constituían su sueño. Cuatro años más tarde volvía á Europa trayendo de su viaje un libro que le hizo inmediatamente célebre.

Las Ruinas son una mezcla de descripciones y de meditaciones. Volney visitó los restos de Palmira y de Tebas y los pintó como poeta. Discípulo de los Enciclopedistas, de Condillac y d'Holbach, no perdió semejante ocasión de filosofar. Entre las ruinas de las ciudades muertas, se la apareció el «genio de las tumbas» y le reveló las leyes generales que rigen á la humanidad. La ignorancia y la superstición perdieron á las ciudades antiguas; hoy que la filosofía ilumina á las naciones, la humanidad puede recobrar la esperanza, su progreso está asegurado y ella está á punto de conquistar la paz y la felicidad.

El libro tuvo gran éxito y Volney quedó reconocido como el poeta en prosa de la Revolución naciente.

Para acabar este capítulo, daremos aquí el lugar que le corresponde á un pensador profundo, que no fué francés; pero que escribió y pensó en nuestra lengua mejor que millares de nuestros conciudadanos: me refiero á José de Maistre (1754-1821).

Se ha convenido en general en afirmar, al hablar del conde José de Maistre, que exageró el absolutismo; que se convirtió en apologista de la guerra y del verdugo y que suprimió de una plumada la Revolución y veinte años de nuestra historia. Cuando aparecieron sus cartas en 1851, todos se admiraron de hallar en él, no sólo al hombre superior que ya se sospechaba, sino al amigo sincero y encantador y al padre cariñoso y bueno de que no se tenía la menor noticia.

El conde de Maistre, tan francés por las cualidades de su ingenio,

había nacido en Saboya y permaneció toda su vida al servicio de la casa de Cerdeña. Fué magistrado y senador como su padre. La Revolución le obligó á expatriarse. Al cabo de algunos años de destierro y de viajes, fué, como embajador extraordinario, á representar al rey de Cerdeña en Rusia. Vivió catorce años en San Petersburgo haciendo una vida casi pobre en medio de la sociedad más fastuosa de Europa y bastante cerca de los acontecimientos, para no ignorar nada y para conocer á los hombres aunque bastante aislado para poderlos juzgar desde su altura. En aquella familia senatorial de los de Maistre, la educación era autoritaria sin dureza. El conde la había recibido con sumisión afectuosa. Hasta después de varios años de estar ausente de su padre y de su madre á quienes «adoraba», no se atrevía á leer ninguna obra nueva sin consultarlos. Esta deferencia á un poder amado, consagrado por la religión y la tradición, la guardó toda su vida con respecto á su soberano, y es el rasgo esencial de su filosofía y de su carácter. Con terrible rigor de deducción, llevó este principio de autoridad hasta sus últimas consecuencias. No por eso dejó de ser un hombre amable, de gran dulzura, y de franca rectitud. En las discusiones políticas y religiosas, aquel lógico intransigente sabía emplear el agrado y el buen humor. Con Madama de Stael: «la cabeza la más pervertida del mundo, tenía escenas capaces de hacer desternillarse de risa, pero, sin embargo, añade, sin indisponernos nunca.» En otro lugar, nos habla de su «buen humor nativo» y, en efecto, sus cartas, salvo algunos momentos de sombría tristeza, son animadas y regocijadas. En cuanto á la sequedad de corazón que se le reprocha, sólo aparece en algunos pasajes de sus obras; pero no forma el fondo de su carácter. Este filósofo no es todo ingenio, sino que tiene horas de conmovedora efusión. Escribe desde San Petersburgo: «leo, procuro aturdirme, fatigarme si es posible. Al acabar mis días monótonos, me echo en la cama, pero el sueño á quien invoco no acude siempre complaciente... Entonces me atormentan ideas punzantes acerca de mi familia. Se me figura que oigo llorar en Turín. Hago mil esfuerzos para representarme la figura de esa niña de doce años á quien no conozco, á esa huérfana de un padre que vive aún. Me pregunto si llegaré á conocerla algún día. (Se había separado de su hija cuando ésta tenía algunos meses y no la volvió á ver hasta los veinte años.) Bajo las colgaduras de indiana de mi cama se agitan mil negros fantasmas.»

¿Cuál es, pues, la doctrina que le procuró á José de Maistre una reputación de insensibilidad discutible? La hallamos expuesta en tres obras principales, *las consideraciones acerca de Francia* publicadas sin nombre de autor en 1797, *el Papa*, que apareció en 1819, y *las Veladas de San Petersburgo* conversaciones supuestas del autor con otros dos personajes, libro póstumo. De Maistre, al mismo tiempo que combatía á los filósofos del siglo XVIII, tomó de ellos su espíritu razonador y su

método. Como ellos, carece de sentido artístico, desconoce la naturaleza y vive en una atmósfera abstracta. El método es el mismo, pero los principios son enteramente opuestos. De Maistre, católico ardiente, da como base á su sistema el dogma de la Providencia. « Nada camina á la ventura, querido amigo, escribe al barón de Vignet. Todo tiene su regla, y todo se halla determinado por un poder que rara vez nos descubre sus secretos ». En el mundo, todo lo dirige la voluntad de Dios; ahora bien, Dios tiene dos representantes en la tierra: el Papa y el Rey, uno para lo espiritual y otro para lo temporal. La existencia de la Providencia implica y supone el principio de autoridad. La obediencia á la autoridad del papa y á la del rey debe ser la ley de las naciones. En religión, toda iglesia cismática es condenable y se hace por sí misma « protestante ». En política, todo gobierno que no es absoluto es un mal gobierno. Este sistema sólidamente construido y de singular unidad, lo lleva hasta las más lejanas consecuencias. Si todo lo rige la Providencia, el mal es una ley de la naturaleza; los peores azotes, las guerras y las destrucciones, son designios de la Providencia para castigo de los pueblos. Desde que los hombres pecaron, se degüellan mutuamente; las leyes no pueden evitarlo, y la guerra y el verdugo forman parte del orden del mundo.

Acerca de la cuestión del absolutismo, de Maistre es categórico: Todo gobierno debe ser absoluto. Pero no se muestra tan resueltamente legitimista. Aprueba el comité de salvación pública porque hizo al Estado más fuerte que lo era bajo los reyes y porque salvó á la patria. Más tarde, cuando se elevó Bonaparte, escribió: « Si la casa de Borbón se halla decididamente próscrita, es bueno que el gobierno se consolide en Francia y que empiece una nueva raza su sujeción legítima; poco le importa al universo que sea ésta ó aquella... á mí me gusta más Bonaparte rey que simple conquistador. » Los legitimistas no le han perdonado nunca semejantes palabras. Por eso el conde de Maistre se ha creado enemigos irreconciliables en todos los campos.

Era esencialmente filósofo. Su espíritu se cernía por encima de los acontecimientos y no se asociaba á ningún partido. Veía claro en aquel caos de la Revolución que hacía perder el tino á los más políticos. En 1797 predijo el porvenir y las consecuencias de este « milagro ». « Cuando pienso, dice, que la posteridad dirá tal vez: « esta tormenta sólo ha durado treinta años », no puedo menos de estremecerme. » Del mismo modo previó medio siglo antes la importancia de la infalibilidad del Papa.

La filosofía de José de Maistre es demasiado sistemática y hasta demasiado paradójica en ciertos puntos para no haber suscitado en todas las épocas violentos adversarios. Agreguemos que de Maistre es un escritor de primer orden. Su estilo tiene una sencillez tan vigorosa y tan

completa que pierde el relieve por su perfección misma y se confunde con el brillo del pensamiento.

Ya hemos visto qué clase de hombres discutieron los problemas nuevos que se planteaban; qué ideas fueron defendidas y combatidas; qué conflicto surgía entre el antiguo régimen debilitado y los tiempos nuevos; qué trepidaciones sacudían el edificio social y qué esfuerzos agitaban el viejo y carcomido caparazón de donde surgía lentamente, entre sangre y lágrimas, como todo ser recién nacido, la sociedad nueva.

Esta época fecunda en teóricos no poseyó grandes poetas: Juan-Jacobo Rousseau fué el que produjo con su prosa la impresión más vibrante del lirismo y del entusiasmo. Sin embargo, tenemos que examinar á los demás poetas, á los que escribieron en verso. Cometieron el error de distraer á los salones cuando su primer deber hubiera sido erigirse en sonoros intérpretes del alma de las multitudes, agitada entonces por la esperanza y por la cólera. Pero no era lícito ser su eco, pues hubiera sido demasiado pronto.